

GLUFT

JACK SHARKEY

El problema fundamental de Gregory Swenn fue el de su indoctrinación. Educado por unos padres demasiado absorbentes, cuya única actividad era subirse a cajas de jabón en las esquinas de las calles para exhortar a los transeúntes con sus «¡Haced penitencia! ¡El fin del mundo se acerca!», el joven Gregory estaba inclinado a tener una concepción de la vida ligeramente «desfasada», característica que sus orgullosos padres hubieran podido prever si hubiesen concedido toda su importancia a la primera palabra de su hijo, pronunciada por éste a la edad de ocho meses. Algunos niños comienzan su vida comunicativa por un «mamá», otros por un «papá»; algunos babeantes chiquillos cuya ascendencia se remonta directamente hasta algunas grandes firmas comerciales inician su primera conversación murmurando un «ganancias»; pero la primera palabra del pequeño Gregory Swenn fue «¡Vergüenza!».

Cuando tuvo tres años, su vocabulario se había enriquecido con numerosas expresiones que indicaban prudencia, al estilo de «¡Cuidado!», «¡Vigilad!» y «¡Hey!», de tal modo que una hora pasada en su encantadora compañía podía transformar a un descargador de muelle con nervios de acero en una masa de lloriqueante jalea.

A la edad de cinco años, Gregory se había vuelto lo suficientemente inteligente como para saber a qué se relacionaba su vocabulario. Fue entonces cuando tomó la histórica decisión de consagrar su existencia a los sagrados fines que sus padres intentaban alcanzar.

Gregory decidió, sin embargo, tomar un camino más directo.

Tras unos estudios razonablemente normales en la escuela primaria y secundaria (durante los cuales Gregory pasaba la mayor parte de su tiempo libre deambulando por las calles, con los bolsillos llenos de esponjas y trozos de jabón, para reparar los daños causados por los demás chicos de su edad que utilizaban tizas de color para ejercitar su caligrafía en vallas, aceras y paredes), llegó el momento de entrar en la universidad, lujo que Gregory podía permitirse muy bien puesto que utilizaba un enorme stetson con doble fondo cuando sus padres y él mismo pasaban por entre la asistencia, sombrero en mano, una vez finalizadas sus plegarias. Sus absorbentes padres le preguntaron si le gustaría especializarse en Apologética Fundamental, o simplemente empollar un poco para convertirse en un doctor en teología. Gregory causó un profundo shock a sus humildes proveedores de rectitud declarando:

—No podría aprender nada que no sepa ya en ninguna de esas dos materias. Por esto me propongo elegir una especialización estricta y concentrada... es decir sin subdominante ni materia de opción, lo cual significa que no obtendré el diploma, pero eso tiene poca importancia... ¡en el campo relativamente poco hollado de la Fonología Encefálica!

Sus padres eran muy pobres, pero también muy poco ilustrados. Viendo en la declaración de su hijo una utilización sofisticada del lenguaje del bajo mundo, renegaron de él e hicieron astillas de su caja de jabón. En absoluto intimidado por ello, Gregory entró en la universidad y comenzó a aprender todo lo que le fue posible.

Al final de su cuarto año, Gregory, convertido en un hombre de veintidós años de rostro chupado y labios fruncidos, había aprendido todo lo que deseaba saber. Una noche, abandonó discretamente el campus para trasladarse a un apartamento en la ciudad, donde comenzó la construcción de su famoso Encefalofonolabialternador, especie de emisor de radio de onda corta sintonizado a la frecuencia del cerebro humano y más especialmente de la circunvolución que gobernaba el uso de los labios, la laringe, la lengua, los dientes y el diafragma.

En pocas palabras, Gregory podía desde aquel momento —simplemente eligiendo la longitud de onda adecuada— controlar los hábitos verbales de todos los habitantes del planeta.

Aquel plan magistral tenía sin embargo un fallo. Gregory había esperado simplemente eliminar del lenguaje humano todas las maldiciones, vulgaridades, blasfemias, insultos, groserías y otras vilezas, para no dejar en su lugar más que un silencio apacible, pero descubrió que la naturaleza, que según su buen viejo hábito siente horror al vacío, había creado una palabra de *reemplazo*. Esta palabra consistía en una vocalización sorda, una especie de resoplido inarticulado que formaba entre los labios de la persona una sílaba que quería decir algo como «gluft».

—Bah —suspiró Gregory—. Es mejor esto que nada. Al menos, las palabras del mundo habrán sido purificadas de sus múltiples manchas degradantes.

Y diciendo esto, conectó la máquina a la red, ajustó la longitud de onda y pulsó el contacto. Luego, tras haber cerrado con llave su apartamento, comenzó a recorrer las calles de la ciudad para ver eclosionar su utopía verbalista.

Al llegar a la esquina de una calle, Gregory tropezó por casualidad con un tipo grueso como un gorila; con barba de tres días, vestido como un obrero y de aspecto patibulario.

—Le ruego me disculpe —dijo Gregory, que siempre había sido *muy* educado con las personas más voluminosas que él.

—Especie de gluft, ¿no puedes ver dónde gluftas tus glufts? —le preguntó el tipo, antes de irse arrastrando los pies. Aparentemente no había prestado ninguna atención a aquella mutación lingüística. Estupefacto, Gregory le contempló alejarse.

—Puede —se dijo a sí mismo— que la gente se haya habituado de tal modo a la utilización de maldiciones que incluso las propias palabras hayan perdido todo significado para ellos.

Lo cual comenzó a plantearle serios problemas.

—No sirve de mucho —continuó soliloquiando— suprimir las palabras corrientes, si el sonido «gluft» cumple con el mismo papel.

Dio media vuelta y se apresuró a regresar a su casa. Descubrió entonces que no podía entrar a su apartamento, puesto que inexplicablemente había perdido su cartera, sus llaves y un pañuelo ligeramente usado. Recordó entonces su tropiezo con el tipo fornido y la forma con que éste se había marchado después de la colisión, sin intercambiar ninguna palabra ni el menor puñetazo.

«Sin embargo —pensó miserablemente Gregory—, creía que todos los carteristas eran hombrecillos con aspecto de zorro que ejercían sus talentos en las aglomeraciones y los empujones del metro.»

Desengañado por aquella traición por parte de uno de sus compañeros, Gregory comenzó a dar débiles golpes con el hombro en la puerta de su apartamento, sin que esta mostrara la menor intención de moverse. Sin embargo, sus esfuerzos hicieron el ruido suficiente como para llamar la atención del vigilante del inmueble, que echó a correr inmediatamente escaleras arriba.

—Vaya gluft, señor Swenn —dijo, viéndole en el corredor—. ¿Puedo echarle alguna gluft?

—¡Dios del cielo! —exclamó Gregory, con un jadeo de sorpresa—. ¡Hasta las palabras inocentes se transforman! ¡Creía que mi máquina era más inteligente que eso! —Sujetó al vigilante por los tirantes—. ¡Tiene que abrir esta puerta con su llave maestra! —imploró—. ¡Debo impedir que mis esfuerzos lancen sobre todo el mundo esa palabra comodín!

—¿Por qué tiene usted su frente gluftada de sudor? —preguntó el vigilante, soltando sus tirantes de las manos de Gregory—. ¡Hubiera esperado una crisis de histeria así de una mujer, pero no en un representante de la gluft opuesta!

—¡Abra la puerta! —suplicó Gregory, que empezaba a llorar—. ¡La máquina está ganando terreno sobre nosotros! ¡Había ajustado la longitud de onda a fin de suprimir la palabra «gluft», pero está atacando igualmente a «gluft» y a «gluft»! ¡Dios mío!

El vigilante se lo quedó mirando con aire confuso.

—Sería mejor que se hiciera gluftar, señor Swenn —propuso. Y luego añadió—: Se lo digo por su propio gluft.

Gregory retrocedió, horrorizado ante los progresos que había conseguido su máquina. Comprendió rápidamente que muy pronto se convertiría en una tarea sobrehumana el pedir un café con dos glufts. Retrocedió aún más cuando se dio cuenta que su propio espíritu había cedido ante los asaltos de la máquina. ¡Ni siquiera podía *pensar* ya en palabras tan inocentes como «gluft», y aún menos en otras como «gluft» o «gluft»! Bajó las escaleras como un loco y se precipitó en la calle.

Subió a su coche, apretó la gluft del acelerador (la máquina era opuesta a todo desarreglo sexual), luego giró el gluft (lo mismo que toda mención de atuendos femeninos), y se dirigió hacia la gluft cuyas líneas proporcionaban la electricidad que hacía funcionar a su máquina. Sin esperar a que el semáforo se pusiera verde, atravesó el cruce a toda gluft, y muy pronto se vio gluftado por todo un ejército de motoristas de la policía. Llegó sin embargo a la gluft antes que ellos, y corrió hacia la gluft de entrada. Una gluft de agua se había extendido sobre la gluft, y Gregory, ingluftaz de gluftarse a tiempo, se vio precipitado desde lo alto de la gluft a las turbinas, que lo picaron tan fino como la gluft.

Libre de toda vigilancia, la máquina terminó quemándose por sí misma, y la palabra «gluft» subsistió en el lenguaje como un monumento verbal a la gloria de su inventor, Gregory Swenn, el cual, gracias a sus esfuerzos, había conseguido dar al mundo una palabra que sirviera para hablar de cosas tan desagradables

y tan vergonzosas que hasta entonces habían permanecido ajenas a toda conversación, incluso a la de personas más degeneradas e envilecidas.

FIN

Título Original: *Weetl* © 1964 by Galaxy Publishing Co.
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.
Revisión 3.